

«AHI VA VIVIANA» por Bocanada Danza

# Una gran metáfora, rauda y castigadora

Bocanada Danza en «Ahí va Viviana». Coreografía y dirección: Blanca Calvo y María José Ribot. Intérpretes: Iñaki Azpillaga, Blanca Calvo, Susana Casenave, Juan Antonio Domínguez, Isabel Manzarbeitia, Olga Mesa, Teresa Nieto, Raúl Regalado, María José Ribot, Juan Carlos Rúa. Música: Javier López de Guereña, Angel Muñoz Alonso Eugenio Muñoz. Vestuario: José Alberto Urbieta Bats. Iluminación: Miguel Angel Camacho. Ciclo «Madrid en danza». Teatro Albéniz.

J. L. Legaza

Como salidos de un cantar de gesta... Bocanada Danza, haciendo honor a su nombre —que ha venido siendo también todo un programa— y antes acrecentándolo que disminuyéndolo, irrumpió y estalló con «Ahí va Viviana» como una bocanada de vigor, entre el romance y la romanza, la fuerza bruta y la liturgia de la fuerza. El propio título con sus sílabas en ráfaga —un uso en el quehacer de Bocanada, recuérdese aquello de *Re-pí-te-te-me*— es ya una invitación, un tanto desgarrada y arrogante, que resuelve bien su desafío de *verdad desnuda* en una metamorfosis tan emotiva y sugestiva como ese curioso *aspecto* medieval de que se viste.

Y como la Edad Media la definió Musset «enorme y delicada», también «Ahí va Viviana» es un panal de enormidades, donde a su vez fabrica la delicadeza ricas mieles, con lo que estos guerreros del amor podrían haber salido de la flauta de los trovadores o del tambor de los goliardos.

Escénica a machamartillo, la obra es un producto suficientemente terminado de la danza-teatro, con la buena noticia de haber logrado que los bailarines no renuncien al teatro para hacer danza, ni abduquen de la danza para hacer teatro, con la receta de *toda la danza posible y sólo el teatro que sea necesario*.

Bocanada ha crecido en edad y reflexión. Sin negarse a sí misma, ha revisado sus planteamientos, se ha afincado más y más en la danza y ha comprendido que el teatro es imaginación. Tanto, que, como decía Ionescu, puedes plantar una cebolla y brota un lirio; tanto, que la modernidad no sale de los que gritan, sino de los que sueñan. Claro que con su toque de ebriedad, sabiendo bien —pues no faltaba más— de qué cosecha debe ser el vino.

Libre, nada especulativa, muy corporal y más dinámica que agógica, la coreografía consigue, de una vez, gracias a las posibilidades de la danza moderna, cosas por la que grandes maestros lucharon toda su vida.

Articulada en cinco grandes unidades dramáticas (diríase una saga) y además contrastadas (flores y puñetazos), siem-

pre jugando un poco con lo repentino, «Ahí va Viviana» se expresa en estructura, conmueve el ánimo y excita los sentidos: razón, emoción y sensación, los tres pilares del teatro.

Estéticamente cae bastante del lado del romanticismo. La propia música es en el fondo romántica y ascética. Suerte que tiene, pues, al igual que «*lo que no es tradición es plagio*», lo que no es romántico en el fondo, es, en la superficie, cursi.

No es muy variado, que digamos, el vocabulario dancístico puesto sobre el tapete, pero de gustos no hay nada escrito, y además, y dicho sea de paso, se hace lo mismo de otro modo, lo cual supone regla y ya esto es arte. En «Ahí va Viviana» es una obra que no obedece a convencionalismos, que *se moja*. Ahí está el final —el momento crucial de una obra de arte escénica—, que huye de la «*bravure*» y *viene al canto*.

El estudio luminotécnico da la impresión que va por libre, cuando en realidad —y ya es hora que estas cosas ocurran con los focos— lo que componen es un *texto* y no una mera *ilustración*. Especial acierto el de hacer un par de veces a la sala cómplice del escenario.

El vestuario acerado y un sí es no es voluptuoso, juega con los vaqueros *kitch* y las corazas de los paladines, mientras los trajes de las bailarinas más que vestir las parecen empaparlas.

No hay gran cosa que decir de los peinados, cuando ha lugar a ellos. Pero es cierto también que la peluquería se sigue tomando en general como un simple detalle, olvidando que en el teatro el pelo es la noción de la cabeza.

«Ahí va Viviana» es una gran metáfora, rauda y castigadora. La peripecia, cruda pero sensible. Momentos como «*No hay nada que me guste más que pegarme a ti*» o «*Pégame mucho*» son piezas excelentes. La primera, exquisita, por la sencillez de su tratamiento, el encanto de su lenguaje y la efervescente interioridad a la que sirve. La segunda, imponente, por el sinfonismo pasional, dantesco, fulminante, primitivo y total que se desata «*Ahi va Viviana*» es eso: odio y amor de artesanía. Como decimos hoy, ¡qué fuerte!